

LA PEDAGOGÍA CRÍTICA EN LA ERA DEL CAPITALISMO GLOBAL: UN DESAFÍO PARA LA IZQUIERDA EDUCATIVA

Peter McLaren *

Vivimos en la era de la postmodernidad. Una nueva diáspora del consumo y del mercante. Los ciudadanos, seres individuales y aislados, en una sociedad hecha a medida de los mercaderes. La escuela y el profesorado necesitan encontrar nuevas estrategias, instrumentos, teorías y prácticas para un desarrollo más justo de las sociedades: nuevos temas y antagonismos para construir una fuerza antihegemónica, que lleve a cabo un cambio progresista.

Es un honor para mí que me hayan invitado a pronunciar la *Claude Eggeston Lecture* y les agradezco a todos el haberme concedido el privilegio de robarles su tiempo y su atención. No obstante, el privilegio se cobra su precio y me provoca una especial inquietud, que sólo en parte se debe al hecho de que yo no sea profesionalmente un especialista en educación comparada ni en educación internacional y, a pesar de todo, me hayan convocado para dirigirme a los máximos especialistas en este campo. Mi inquietud se debe más bien a la dura realidad a la que hemos llegado en una época peligrosa de nuestra historia política, cultural y educativa, una época en la que los resultados y el poder se han convertido en los dos

imperativos de la democracia capitalista. En estos tiempos peligrosos, quienes desean ejercer cierto liderazgo en nombre de los valores y las prácticas que consideran importantes, desde el punto de vista ético, no sólo deben hablar, sino hablar bien y para conseguir el máximo efecto pedagógico; no sólo persuadir, sino persuadir honradamente y fundándose en argumentos sólidos y pruebas de peso.

El terreno que he decidido atravesar tiene, en efecto, importantes repercusiones, tanto políticas como éticas. Exige andar con mucho cuidado. Confío en que mis pasos no vacilen. Les ruego que consideren mi andadura en un sentido más exploratorio que exegético. A pesar de que algunas declaraciones mías puedan

sorprenderles por ser excesivamente dogmáticas, siniestras, injustificadamente agresivas, quizá, o, incluso, apocalípticas, estoy dispuesto a aceptar el riesgo concomitante que ensombrece toda crítica: que no se aprecie su carácter contingente y provisional. Esto significa que debo estar dispuesto a arrastrar los elementos pasajeros de algunas de mis proposiciones, así como su carácter discutible como teoría y su insensibilidad con respecto a las categorizaciones del significado al uso. Pero esta aceptación no es sino afirmar que el acto de la crítica es un esfuerzo exhortatorio e inquietadoramente consciente, que encierra graves riesgos, un acto que exige precaución y sobriedad y lleva consigo cierta inseguridad constitutiva, aunque, al mismo tiempo, requiere una especie de visión nocturna que nos permita vislumbrar nuestro camino a través de los oscuros pasillos de los valores y de los juicios. Aunque una autoconciencia plena y una seguridad incesante en uno mismo pueden contribuir a corregir la incertidumbre de la teoría, también pueden llevar a la inmolación teórica y a la parálisis política. Digo esto porque creo que los requisitos éticos adecuados al acto de la crítica y característicos del mismo -de "*leer la palabra y el mundo*", como decía Freire- son paradigmáticos con respecto a nuestra forma de desenvolvernos en sentido ético en el animado y descuidado teatro de nuestra vida cotidiana.

Comenzaré revisando algunos problemas en torno a la globalización del capital y las consecuencias de esa globalización para la construcción de la subjetividad y la identidad. A continuación, haré algunos comentarios sobre la obsesión cultural actual con respecto a la corrección política en el

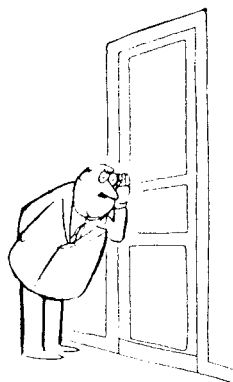
"Todos los continentes se encaminan hacia una cultura única, unificadora y global"

"Los ciudadanos del mundo acelerado han de trabajar denodadamente para conseguir y mantener el derecho a su autonomía"

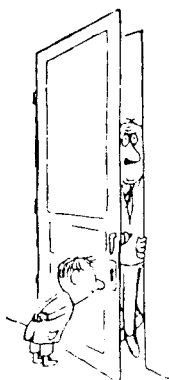
* Profesor asociado de la *Graduate School of Education and Information Studies*, de la *University of California, Los Angeles*. 405 Hilgard Avenue, Los Ángeles CA 90024-1521. Estados Unidos de América. Traducido del inglés por Pablo Manzano Bernárdez.

dossier

“Nunca podemos ceder todo el territorio de las interpolaciones culturales a la lógica del capital”



“El “tercer mundo” se encuentra con el “primer mundo” en el sur del Bronx”



“El capitalismo no ha interiorizado ni superado de ninguna manera sus dos límites catastróficos: la revolución social y el colapso en los infiernos del exceso de producción”

ámbito académico, seguidos por una breve exposición sobre el multiculturalismo. En mis comentarios, indicaré cómo puede proporcionar la pedagogía crítica un modo de enmarcar y de afrontar los problemas y debates antes mencionados.

Vista desde una perspectiva desca-radamente occidental, podría pensarse que la identificación de los resultados y el poder como el doble objetivo de la democracia capitalista se ha convertido de forma tan absoluta en parte integrante de nuestro legado histórico que hace inconveniente una reformulación del problema que plantea. Creo, sin embargo, que las circunstancias actuales justifican esa reformulación por una serie de razones, de las que quizá sea la más importante el cambio habido en el capitalismo tardío, que considera que todos los continentes se encaminan hacia una cultura única, unificadora y global (Golding, 1993).

Esta postura aclama ominosamente las declaraciones de Millenium: *Winners and losers in the coming world order*, en donde Attali (1991) dice:

“En todas partes, los individuos de las regiones privilegiadas del mundo se enrollan en el culto a la salud y la cultura. Las normas de belleza, en otro tiempo tan variadas y diferentes de una sociedad a otra, se mezclan cada vez más en un único ideal homogeneizado... El éxito mundial del régimen de ejercicios de Jane Fonda y de las homilias de Robert Fulghum dan fe del atractivo generalizado de estos ideales... Para participar de sus dones, los ciudadanos del mundo acelerado han de trabajar denodadamente para conseguir y mantener el derecho a su autonomía. Para vivir hasta una edad avanzada y encontrar trabajo con mayor facilidad, el ciudadano-consumidor debe vigilar su salud y cuidar su educación. El progreso en una carrera depende de la adquisición y el mantenimiento de un determinado nivel de educación. La mano de obra sin preparación carece de futuro. Las máquinas son el nuevo proletariado” (pp. 100-101).

En relación con esta nota, el comentario de Golding (1994) sobre la globalización de la cultura es muy instructivo. Conecta el fenómeno de la globalización con los procesos de normalización, establecimiento de rutinas y racionalización. Enlaza también este fenómeno con los siguientes aspectos: la creciente importancia de las ideologías supranacionales, como

el capitalismo, el marxismo y el “tercermundismo”, en un marco global que da fe del ocaso de la nación; el declive del estado nacional junto con la supervivencia de antagonismos culturales locales en Irlanda del Norte, África y los Balcanes; la sindicación de la experiencia y lo que Golding llama la “mcdonaldización de todo”, y la aparición de bloques lingüísticos regionales que reflejan los poderosos “residuos del colonialismo” que “impregnan las estructuras del discurso contemporáneo”. Se trata de una cultura sumamente “ligada al pastiche y a la variación superficial”, que “comercia con el símbolo hábil y la connotación difusa” y no casa bien con las “experiencias reales de los habitantes no móviles de las diversas culturas nacionales, estratificadas y locales”. En realidad, confunde con frecuencia “la apariencia superficial con la realidad material de una experiencia y unas oportunidades vitales drásticamente diferenciadas”.

No digo que esta indeseable uniformidad y esta banalidad funcional sea una consecuencia exclusiva de alguna forma de interés occidental consciente mediado por un plan bien ejecutado para “ibmificar” el mundo ni creo que se limite a ser un intento benéfico de introducir una experiencia global común para el progreso de nuestra humanidad colectiva. Los esfuerzos corporativistas para la dominación global nunca pueden absorber por completo las contradicciones culturales. Nunca podemos ceder todo el territorio de las interpolaciones culturales a la lógica del capital, en continua expansión. A este respecto, viene bien que recordemos la importante advertencia de Néstor García Canclini:

“Aunque el desarrollo capitalista tiende a absorber y estandarizar las formas de producción material y cultural que lo preceden, la subordinación de las comunidades tradicionales no puede ser total, dada la incapacidad del capitalismo industrial para dar trabajo, cultura y asistencia médica a todos y la oposición de los grupos étnicos, que defienden su identidad.” (Citado en Rowe y Schelling, 1991, p. 73).

No cabe duda de que gran parte del debate que rodea la globalización del capital tiene que ver con los peligrosos cambios de la economía mundial. Los cambios de la política económica y social que han tenido lugar en

el mundo occidental con el ascenso de la llamada "nueva derecha" se fundan en la fe subyacente en muchos principios del liberalismo económico clásico, entre los que se encuentran los siguientes: el compromiso de las administraciones de Thatcher y Reagan y de organismos mundiales, como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, con formas de monetarismo y de economía de oferta; los movimientos de los gobiernos occidentales hacia el racionalismo económico y la reforma estructural basada en la idea de la autolimitación del gobierno y en nuevas estrategias de acumulación de capital; el crecimiento del neoliberalismo, que representa una renovación del egoísmo en la conducta económica, social y política, en general, y evoca la figura del *homo economicus*, el principal artículo de fe del liberalismo clásico (Peters, en prensa).

En su clásico libro: *The condition of postmodernity*, Harvey (1989) dice:

"En la actualidad, los usos empresariales no sólo caracterizan la acción empresarial, sino a ámbitos de la vida tan diversos como el gobierno urbano, el crecimiento de la producción del sector informal, la organización del mercado de trabajo, la investigación y el desarrollo e, incluso, ha llegado hasta los últimos rincones de la vida académica, literaria y artística" (p. 171).

En la introducción del libro dirigido por Massumi (1993): *The politics of everyday fear*, éste escribe que "la relación capitalista ha expandido su influencia a todas las coordenadas del espacio-tiempo sociogeográfico" (p. 19). Massumi se extiende así sobre esta idea:

"La relación capitalista ha colonizado todo el espacio geográfico y social. Éste se ha convertido en un espacio ilimitado, en otras palabras, un espacio coextensivo con su interior y exterior. Se ha convertido en un campo de inmanencia (o exterioridad). No se ha 'interiorizado', en el sentido de una integración; se ha desplazado e intensificado, acogiendo formas mutuamente exclusivas en una incómoda coexistencia. El 'tercer mundo' se encuentra con el 'primer mundo' en el sur del Bronx. El futuro se encuentra con el pasado en un reloj Timex. No se alcanza ninguna síntesis dialéctica. Después de todo, el capitalismo no ha interiorizado ni superado de ninguna manera sus dos límites catastróficos: la revolución social y el colapso en los infiernos del exceso de producción" (p. 18).

Enfatizando aún más esta cuestión, Peters (en prensa) cita el ejemplo de la teoría de la "elección pública", procedente de la Virginia State University:

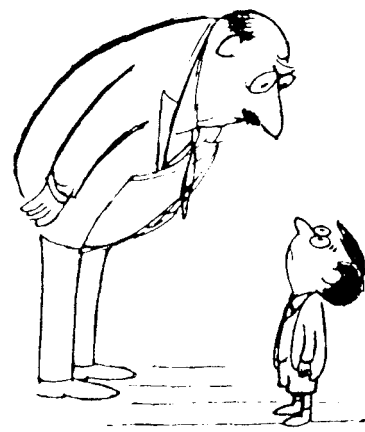
"[La idea del egoísmo se amplía hasta adquirir] la categoría de paradigma para comprender la política (la política como intercambio); y una rejuvenecida teoría del 'capital humano', que hace más hincapié en la inversión privada e individual que en la pública, modifica la educación en consonancia con ella, considerándola como una estrategia importante para reforzar la flexibilidad laboral y, en consecuencia, para mejorar la competitividad global de la economía. En esta perspectiva, los individuos son maximizadores racionales de la utilidad y se acepta que la búsqueda del interés egoísta en el mercado dará unos resultados social y económicamente deseables" (p. 13).

Por supuesto, Peters describe la lógica clásica del neoliberalismo, que considera que la intervención económica y social del estado de bienestar -incluyendo el salario mínimo garantizado, la pensión de jubilación y el crecimiento exponencial de los sectores de salud y educación- lleva directamente a la disminución del nivel de eficacia del estado y a la recesión económica. En este caso, los conservadores abandonan el modelo democrático social de educación, como derecho universal, y efectúan una refundición y redefinición ideológicas de la educación "como sector fundamental de la economía y una de las principales empresas de la futura economía 'postindustrial'". En otras palabras, las universidades y escuelas se convierten progresivamente en "mecanismos proveedores diseñados para satisfacer las necesidades de un mercado mundial cada vez más competitivo" (Sholle y Denski, en prensa). Este problema se extiende, en parte, hasta el nuevo papel del estado, un papel criticado agudamente, entre otros, por Harvey (1989):

"El estado se encuentra ahora en una posición mucho más problemática. Se le pide que regule las actividades del capital empresarial en beneficio de los intereses nacionales, al tiempo que se le obliga, también en beneficio de los intereses nacionales, a crear un «buen clima de negocio» que atraiga el capital financiero transnacional y global e impida (por medios distintos del control de cambios) que el capital huya hacia pastizales más verdes y más rentables" (p. 170).

Grandes sectores de la produc-

"La lógica del neoliberalismo considera que la intervención económica y social del estado del bienestar lleva directamente a la disminución de eficacia del estado y a la recesión económica"



"El capital sigue limitando las esperanzas y aspiraciones de grupos y clases de personas enteras, así como de comunidades completas, creando nuevas desigualdades y divisiones sociales"

ción industrial se han exportado al tercer mundo para crear un mercado de bienes no perecederos para la clase media. Al mismo tiempo, las economías del centro han dejado de interesarse por los bienes no perecederos y centrado su atención en la información independiente de los sindicatos y en los servicios de comunicación. Han aumentado los trabajos a tiempo parcial y desprotegidos, sobre todo para la nueva subclase urbana de raza no blanca, que ha transformado el centro del primer mundo en el tercero (Massumi, 1993). La relación entre la mano de obra y el capital es ahora más fluida, lo que permite despedir, formar de nuevo y transferir a los empleados; la sustitución de productos está más relacionada con el efecto de satisfacción y el valor de la imagen que con el valor de uso. Los consumidores compran imágenes y servicios, de modo más bien ritual y a diario: *“los bienes de consumo no perecederos ya no representan nada, sino la promesa, continuamente diferida, de disfrute”* (p. 16).

La transformación de la estructura del mercado de trabajo y de la organización industrial, la resurrección de las confiterías en lugares como Nueva York, Los Ángeles, París y Londres, las nuevas redes de subcontratación y de servicios externos a la empresa, las quiebras, los cierres de fábricas, la desindustrialización, la organización más rígida del capitalismo y la centralización implosiva conseguida mediante el análisis instantáneo de datos, la transformación del saber en el bien de consumo más valioso, la capacidad de respuesta instantánea a los cambios de las tasas de cambio, las modas y gustos y los movimientos de la competencia, la sustitución del valor utilitario por el valor de la imagen, la formación de conglomerados financieros y de poderosos agentes intermediarios globales y la proliferación y descentralización de las actividades y flujos financieros gracias a la formación de nuevos instrumentos y mercados financieros han influido en la naturaleza y composición de la clase trabajadora global. Dice Harvey (1989):

“Se han hecho muy difíciles de mantener la sindicación y la ‘política de izquierda’ tradicional ante, por ejemplo, los sistemas patriarcales (familiares) de producción característicos del sudeste asiático o de los grupos inmigrantes a Los

Ángeles, Nueva York y Londres. De modo parecido, las relaciones de género se han complicado mucho más, al mismo tiempo que se ha extendido mucho más el recurso a la mano de obra femenina. Por eso mismo, ha aumentado la base social de las ideologías de lo empresarial, el paternalismo y lo privado” (p. 192).

Según Hall y Jacques (1990), vivimos en una época de *“tiempos nuevos”*:

“El capital sigue aún profundamente atrincherado, en realidad, globalmente, más que nunca. Y las antiguas desigualdades con él relacionadas siguen vigentes, definiendo las experiencias vitales y limitando las esperanzas y aspiraciones de grupos y clases de personas enteros, así como de comunidades completas. Simultáneamente, los ‘nuevos tiempos’ están produciendo nuevas divisiones sociales, nuevas formas de desigualdad y de incapacitación que encubren las anti-

**“El componente de
valor añadido de un
producto solía ser el
trabajo manual que
suponía su elaboración.
Ahora, el bien más
valioso es la
información y la
capacidad de
manipularla”**

guas. Lo que ha dado en llamarse... la ‘sociedad de dos tercios y un tercio’ parece ser un nuevo modelo, casi tan característico de los ‘nuevos tiempos’ como la especialización flexible y la diferenciación social. ¿Esa desigualdad es endémica de los ‘nuevos tiempos’ o sólo un escenario posible? Sea como sea, es evidente que las posibilidades de desigualdad en una sociedad más variada y heterogénea son mayores, no menores” (p. 17).

Nos enfrentamos aquí con el movimiento hacia el hiperindustrialismo, la *“línea de montaje global”* y la división internacional del trabajo, el desarrollo irregular que provoca la destrucción de la vida típica de la aldea y la creación de suburbios urba-

nos en Asia y las peligrosas consecuencias que esperan a escala global a las víctimas de los bloques económicos del nuevo orden mundial, en especial de los estados líderes: Estados Unidos, Japón y Alemania. El desarrollo de nuevos mercados ha predominado sobre los derechos de los trabajadores. Según un comentario reciente de *Los Angeles Times*, para los jóvenes de la antigua Unión Soviética, la televisión musical (MTV) está reemplazando el marxismo. Refiriéndose a la popularidad de la música rap norteamericana entre la nueva generación juvenil rusa, Knobel (1994) dice:

“Estos rusos llevan en la cabeza gorras de béisbol norteamericanas, en vez de los anticuados gorros de piel. La fuerza que guía su vida ya no es el marxismo, sino la MTV, y prefieren el ritmo frenético de la música rap a los delicados acordes de Tchaikovski. Es la generación del baile contorsionista al estilo ruso” (p. 1).

En la valoración triunfalista que hace Knobel de las características redentoras de la cultura del baile contorsionista está implícita la repugnante idea de que la confusión que reina en Rusia tras el colapso del comunismo se justifica, hasta cierto punto, por la invasión norteamericana de la cultura popular. No estoy muy seguro de lo que duren las gorras de béisbol en los inviernos rusos ni de lo bien que puedan proteger las cabezas rusas, aunque la juventud de todas las culturas siempre ha cambiado la comodidad por el estilo. En el informe de Knobel no aparece ninguna consideración seria de la posibilidad de que los problemas de la antigua Unión Soviética puedan explicarse parcialmente porque nunca se utilizó con rigor la teoría marxista para oponerse a las prácticas políticas soviéticas. Si hubiese habido más jóvenes que tomaran en serio a Marx, hubieran podido presentar una crítica más continuada y vigorosa de las prácticas económicas soviéticas.

Unos comentarios recientes de Haraway (1994) ponen en evidencia las ominosas dimensiones del momento presente en los Estados Unidos:

“Tenemos que enfrentarnos a una vasta cultura pública que carece de cualquier forma de entendimiento imaginativo de lo que ocurre en el mundo. Carecemos colectivamente de una especie de narración global de una familia de narraciones. En realidad, no tenemos ninguna descripción de lo que ocurre local ni glo-

balmente. La gente puede alargar diversas historias, pero, en realidad, no tenemos unas historias de familia compartidas. Tenemos que aprender colectivamente a habitar historias nuevas" (citado en Gordon, 1994, p. 250).

El poder capitalista se unifica globalmente a través de la política del miedo. Como señala Masumi (1993):

"El poder capitalista se actualiza a sí mismo en un espacio de temor, básicamente inhabitable... en el que, sin embargo, habita un cuerpo determinado... [Los motivos concretos de este temor] varían según las distinciones, socialmente valoradas, que le aplican los mecanismos de poder implantados en el campo social" (P. 23).

Estamos entrando en una era en la que el trabajo no es intercambiable: partes que pueden hacerse a medida e individualizadas como especifique la tarea. Esto tiene un profundo efecto en el desempleo a causa de los requisitos técnicos propios de cada trabajo y de la tasa de cambio de esos requisitos técnicos (Toffler, 1994). El componente de valor añadido de un producto solía ser el trabajo manual que suponía su elaboración, en los días en que el taylorismo estaba de moda y el antiguo "estilo de gestión fabril de la segunda oleada" estaba vigente en las "industrias de chimeneas y mono azul". Ahora, el bien más valioso es la información y la capacidad de manipularla.

Es probable que la respuesta consista en enseñar a los alumnos de las escuelas a "metacomunicarse" y a que aprendan "metadestrezas" que les permitan adaptarse al cambiante mundo tecnológico. Sin embargo, por desgracia, se presta poca atención a la idea de obligar a adquirir las metadestrezas o la metacomunicación con el fin de crear un orden social más justo y equitativo en el que el capitalismo quede sujeto a la crítica con fundamento moral y político. En un país como los Estados Unidos, en el que 20 grupos periodísticos (como Gannett, Knight-Ridder, la New York Times Co.) controlan más de la mitad de las ventas diarias de periódicos y en el que el 98% de todos los periódicos representa el único diario de la ciudad, ¿cómo puede suponer alguna diferencia el aprendizaje de esas metadestrezas? (Perdue, 1993). No cabe duda de que puede afirmarse que parte de la información que no se recomienda examinar críticamente

tiene que ver con una motivada amnesia del United States Department of Education con respecto a que los alumnos puedan adquirir una idea más global e integrada del modo en que el capitalismo se relaciona con problemas básicos como la salud, la dignidad y la calidad de vida.

Quizá no estemos tan lejos del momento en que tengamos que enfrentarnos con los aspectos de la vida social que presentan novelas y películas de estilo ciberpunk, como *Bladerunner*. Esas obras de ficción describen un nuevo orden mundial, basado en un capitalismo sin restricciones, sin ningún imperativo ético independiente de la lógica del interés egoísta. Es un

"Se hace necesario que los alumnos puedan adquirir una idea más global e integrada del modo en que el capitalismo se relaciona con problemas básicos como la salud, la dignidad y la calidad de vida"

mundo en el que la mente y la máquina interactúan e implosionan. A través de unas normas de ínfima categoría, fundadas en la codicia, la avaricia y la violencia, se subvierte la totalidad del concepto del ser humano. Vivimos en un mundo regido por gánsteres de alta tecnología, ingenieros genéticos y delinquentes empresariales.

Anderson (1992) pinta una visión deprimente, si no terrorífica, del capitalismo global, sosteniendo que el capitalismo nunca puede lograr el éxito a escala global. En realidad, se basa en la subyugación de la mayoría por unos pocos:

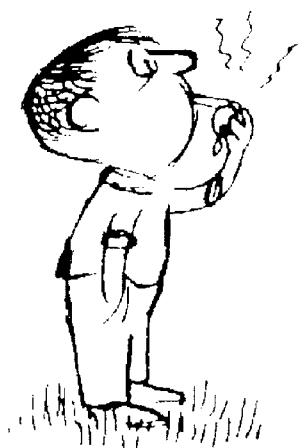
"El estilo de vida que disfruta la mayoría de los ciudadanos de las nacio-

nes capitalistas ricas de nuestros días... depende de su restricción a una minoría. Si todas las personas de la Tierra poseyeran el mismo número de frigoríficos y de automóviles que tienen las de Norteamérica y Europa occidental, el planeta sería inhabitable. En la ecología global del capital de hoy día, el mantenimiento de los privilegios de unos pocos exige la miseria de muchos. En la actualidad, menos de un cuarto de la población mundial se apropia del 85% de la renta mundial y la distancia entre los que poseen las zonas avanzadas y lo que tienen las deprimidas ha aumentado durante el pasado medio siglo" (pp. 352-353).

Es justo decir que la izquierda ha luchado siempre contra las situaciones de explotación, tanto locales como globales, pero parece que las condiciones del momento presente imprimen una especial urgencia a esa lucha en lo que atañe a los educadores de los Estados Unidos. Planteemos de otro modo este problema, utilizando un tema muy conocido para la mayoría de nosotros, un tema que ha ocupado maliciosamente gran parte de las ondas durante el pasado año, más o menos, el tema de la "corrección política". Me parece que la derecha ha ganado un pulso importante a la izquierda, aprovechando algunos errores acumulados por los izquierdistas durante las dos últimas décadas en nombre de la liberación y la justicia social. Con capa de víctima herida, los críticos de la corrección política se movilizan contra lo que consideran una censura intelectual de la izquierda que, según ellos, impide la libertad de palabra cuando trata de proclamar ideas progresistas sobre la raza, la clase social y el género y de establecer los límites de la palabra y la conducta admisibles en los campus universitarios. Veamos con atención la fogosa diatriba contra la corrección política del presidente de la *Boston University*, John Silber, en su informe de 1993 a los administradores de la universidad. Proclamando que "esta universidad ha seguido dedicándose sin excusas a la búsqueda de la verdad y oponiéndose con todas sus fuerzas a la corrección política", afirma:

"Nos hemos opuesto al capricho de criticar los estudios de derecho... En el departamento de inglés y en los de literatura no hemos permitido que se introduzcan a los estructuralistas ni a los deconstruccionistas. Hemos rehusado introducir

**“En la actualidad
menos de un cuarto de
la población mundial se
apropia del 85% de la
renta mundial y la
distancia ha
aumentado durante el
pasado medio siglo”**



**“El postmodernismo
nos enseña a ver que
las experiencias de las
personas oprimidas es
la clave para
comprender la historia,
que el saber es una
construcción social y no
un espejo de la realidad
y que nuestras premisas
intelectuales están
informadas por la raza,
la clase social y
marcados por el
género”**

la terapia de danza... Nos hemos opuesto a la historia revisionista... En el departamento de filosofía, nos hemos opuesto a la Escuela de la Teoría Crítica de Francfort... Nos hemos opuesto a los dogmas oficiales del feminismo radical. Hemos hecho lo mismo en relación con la liberación de homosexuales y lesbianas y con la liberación animal... Nos hemos opuesto a la moda del afrocentrismo. No hemos caído en la trampa de los multiculturalistas” (citado en Rankin, 1994, p. 70).

Silber estaría como en su casa en las salas de la Orange County-based Traditional Values Coalition que, no hace mucho, presionó a los funcionarios de educación del estado de California para que eliminasen dos relatos de la ganadora del premio Pulitzer, Alice Walker, de un test administrado en 1994 en todo el estado a miles de alumnos de décimo grado para evaluar su comprensión lectora y su redacción. El relato “*Roselily*” fue eliminado por considerarse antirreligioso, dado que refiere los pensamientos de una cristiana con respecto a contraer matrimonio con un musulmán. “*Am I blue*” fue eliminado porque lo condenaban como “*contrario a comer carne*”. En el cuento, una mujer escupe un trozo de carne que está comiendo tras reflexionar en la soledad de un caballo al que habrían dejado en soledad.

Aunque pueda decirse que estas calumnias dirigidas contra los educadores y artistas progresistas son relativamente aisladas, a mi modo de ver, recogen, no obstante, la amnesia social e histórica de la nueva derecha en nuestra acelerada cultura. Resulta moralmente descorazonador e intelectualmente desalentador contemplar hasta qué peligroso punto no consiguen reconocer los conservadores su propio terrorismo ideológico en sus viles ataques a la corrección política. Por ejemplo, me resulta incómodamente paradójico que las campañas a favor de las leyes sobre el uso exclusivo del inglés (apoyadas por conservadores que van desde Rush Limbaugh hasta Whoopie Goldberg) se desarrollan en estados “en los que las instituciones públicas ya desarrollan sus actividades exclusivamente en inglés” (Frankenberg, 1993, p. 232). En algunos casos, sus objeciones a la corrección política izquierdista no pasan del sentimiento de la terrible incomodidad del desa-

cuerdo. En sus, a veces, admirables intentos de defensa de la libertad de palabra, se limitan a proteger sus propios planes ideológicos. Como pregunta Rankin (1994): ¿hasta qué punto llegan los conservadores “a defender aquello a lo que se oponen, como el asesoramiento relativo al aborto en clínicas de planificación familiar financiadas con fondos federales o los libros que los fundamentalistas religiosos piden que se retiren de las bibliotecas?” (p. 71). Rankin afirma, con razón, a mi modo de ver:

“El ataque a la corrección política se comprende mejor como una cruzada de la comunidad blanca contra la acción afirmativa y las ideas relacionadas con el ‘multiculturalismo’. Estas ideas del ‘postmodernismo’ nos enseñan que la experiencia de las personas oprimidas es la clave para comprender la historia, que el saber es una construcción social y no un espejo de la realidad y que nuestras premisas intelectuales están informadas por la raza y la clase social y, con palabras de Catharine MacKinnon, ‘marcadas hasta el fondo por el género’... El ataque a la corrección política recuerda el ataque a la ‘reconstrucción’, cuando la mayoría de los norteamericanos blancos - no sólo confederados impenitentes, sino también liberales del norte- se cansó de las agotadoras operaciones del progreso racial y pasó a deshacer los ‘privilegios especiales’ de los esclavos recién liberados. Los agresivos esfuerzos del gobierno, consciente del problema racial, para mejorar la vida de los ciudadanos negros quedaron condenados a convertirse en lucrativos subsidios estatales que penalizaban a los blancos inocentes y enseñaban costumbres indolentes a los negros” (pp. 71-72).

Rankin critica a los llamados cruzados “ciegos con respecto al color” que sostienen que la acción afirmativa, el multiculturalismo y la diversidad están empeorando las cosas para las personas de color. Dice Rankin:

“[Esa visión] hace más fácil pensar que Norteamérica era completamente virtuosa y ciega al color hasta que los liberales inventaron la ‘discriminación inversa’. Pero el racismo es el pecado original de nuestro país y la alternativa al reconocimiento intercultural es un lento descenso al localismo racial. La negación del papel central que la raza ha desempeñado en Norteamérica durante cinco siglos sólo conseguirá acelerar ese descenso. En los intentos conservadores de oscurecer el significado de la raza en

nuestra historia, la retórica de la 'corrección política' funciona por arte de magia" (p. 72).

Rankin señala diversos aspectos importantes con los que estoy fundamentalmente de acuerdo, en especial con su crítica de las denuncias espasmódicas que la nueva derecha hace contra el multiculturalismo. Sin embargo, él no presenta los aspectos negativos de la corrección política, con su énfasis en su propia rectitud lingüística y pureza moral.

Aunque "la izquierda ideológica siempre ha sido débil en Norteamérica" (Goldfarb, 1991, p. 83), esto no significa que en los campus universitarios no exista un autoritarismo izquierdista. Por supuesto que lo hay. Es posible descubrirlo y hay que combatirlo. Sin embargo, creo que, en las condiciones de poder ideológico que predominan, es mucho más fácil que la derecha se aproveche de las omisiones y descuidos de la izquierda que la izquierda haga lo mismo con respecto al discurso de la derecha. La izquierda tiene que preocuparse siempre porque su teoría sea irreproachable, porque la derecha capitalizará el más ligero exceso u omisión. El otro bando tiene tanto armamento, en el plano de los recursos y canales públicos de comunicación, que puede volver mil veces contra la izquierda las debilidades que ésta muestre. No quiero que mi crítica del asalto conservador contra la corrección política oscurezca el hecho de que la izquierda ha sido, hasta cierto punto, culpable de los mismos pecados que la derecha contra el debate y la deliberación racional sobre los objetivos y fines sociales.

El yo lleno y el declive de la historia

Hoy día, no es raro asistir al espectáculo de unos estudiantes que se congestionan con sólo pensar en esos cursos de educación, excesivamente teóricos, que emplean un desconcertante conjunto de términos, hábilmente robados del léxico de la vanguardia académica, que a algunos puede parecerles la sobredosis de postmodernismo, postestructuralismo, postmarxismo y postfeminismo que caracteriza la reciente ruptura producida en el ámbito académico de los Estados Unidos. Cuando la teoría social postmoderna se convierte en

una pujante industria editorial académica, que llega a parecerse a una cadena de restaurantes de comida rápida de sandeces discursivas, las sospechas de los estudiantes parecen cada vez más fundadas. Del mismo modo, los profesores cómodamente establecidos a lo largo de 20 años, durante los que han conseguido sustanciosas ayudas a la investigación para sus estudios empíricos y que han enseñado cómodamente 'el canon' y la metafísica ilustrada de la verdad objetiva bajo el paraguas del imperio modernista, quizá estén alarmados ante las trayectorias transdisciplinarias abrazadas por sus colegas más jóvenes y aventurados en el plano teórico, que se han pasado al otro lado de las líneas, donde están apostados los críticos, donde pueden exponer las prácticas convencionales de investigación a las discutibles contingencias y categorías que las constituyen, donde el saber y la historia de su producción ya no pueden considerarse ideológicamente desinteresados y donde las prácticas de investigación pueden convertirse en compañeras de viaje de las preocupaciones políticas y éticas por la "vía del discurso".

La legítima búsqueda académica de la verdad ha ido más allá de la búsqueda de ese gran fondo de saber que los antropólogos nos han descifrado en lugares exóticos y colocado en los museos metropolitanos occidentales y en los salones de la burguesía. A la luz de la defunción de la gran teoría, los críticos lanzan nuevas concepciones de la empresa educativa como apropiación selectiva de discursos. Como señala Foucault (1972):

"La educación puede ser... el instrumento mediante el que cada individuo, en una sociedad como la nuestra, acceda a algún tipo de discurso. Pero nosotros sabemos que, en su distribución, en lo que permite e impide, sigue las trilladas líneas de batalla del conflicto social. Todo sistema educativo es un medio político para mantener o modificar la apropiación del discurso, con el saber y los poderes que ello lleva consigo" (p. 227).

Es una lástima que muchos estudiantes blancos estén adoptando una postura defensiva militante en sus protestas contra lo que consideran una "paliza contra el hombre blanco" de la pedagogía crítica y el multiculturalismo crítico. E incluso, uno se da cuenta de que, entre esos estudiantes, que no

podemos considerar reaccionarios, todavía existe una cierta ansiedad e inseguridad engendrada por la aparición en la universidad de pedagogías que toman en serio los problemas de la raza, la clase social, el género y la sexualidad y sitúan estas cuestiones en el marco de la praxis de la justicia social. Pratt (1990) escribe:

"Incluso entre las muchas personas dispuestas al cambio, parecen oírse voces que preguntan: 'Si abandono la supremacía blanca, ¿quién soy yo?; ¿sigo siendo norteamericano?; ¿sigo siendo blanco? Si abandono la homofobia, ¿quién soy?; ¿soy como un homosexual? Si abandono la misoginia, ¿sigo siendo un hombre?; ¿soy una mujer?; ¿soy un norteamericano? Si aprendo español, ¿me hago mejicano? ¿Qué me une a estos homosexuales, a estas feministas, a estos salvadoreños, a estas vietnamitas, a estos navajos, a estas gentes blancas?" (p. 10).

Los conservadores ideológicos, que promueven una amnesia motivada en relación con la historia de las relaciones de razas y de géneros dentro de la historia de los Estados Unidos, han contribuido a la forzada separación de los grupos marginados y oprimidos del capital cultural necesario para alcanzar el éxito en el régimen de verdad de la cultura blanca. No hace mucho, Morrison (1992) condenaba lo que considera escasez de material crítico sobre la raza en la literatura y la construcción de la "blancura" literaria. En ese contexto, imponer la "invisibilidad" de la raza "mediante el silencio es permitir al cuerpo negro la participación descubierta en el cuerpo cultural dominante" (p. 10). Según Morrison, la identidad norteamericana, tal como la han ido construyendo los discursos de la historia literaria, se ha configurado y hecho posible "por la conciencia y la utilización complejas de un africanismo establecido. Este africanismo, exhibido como tosquedad y salvajismo, proporcionó la base de la escena y el terreno para la elaboración de la identidad norteamericana quintaesencial" (p. 44). Con otras palabras, la base de la escena es lo que West (1990) llama: "mirada normativa blanca" (p. 107).

Una de las perversiones subrepticias de la democracia ha sido la forma de invitar a los ciudadanos a vaciarse de toda identidad racial o étnica, de manera que, presumiblemente, permaneciesen desnudos ante la ley. En efecto, se invita a los ciudadanos a

convertirse en poco más que consumidores desencarnados. Como señala Copjec (1990):

“La democracia es el cuantificador universal por el que Norteamérica -la ‘olla de fusión’, la ‘nación de los inmigrantes’- se constituye como nación. Si puede decirse que todos nuestros ciudadanos son norteamericanos, no se debe a que compartamos alguna característica positiva, sino a que a todos se nos ha dado el derecho a sembrar estas características, a presentarnos desencarnados ante la ley. Me despojo de mi identidad positiva, luego soy un ciudadano. Ésta es la lógica peculiar de la democracia” (p. 30).

La democracia, mediante la construcción de identidades vacías, formales, crea la ilusión de la identidad, mientras, al mismo tiempo, borra las diferencias. En consecuencia, la democracia crea lo que Lloyd (1991) llama “*sujeto sin propiedades*” que regula el principio de identidad en virtud de su misma indiferencia. Lloyd señala que la dominación del sujeto blanco universalizado “*se autojustifica en la práctica, dada la capacidad de estar presente en todas partes se convierte en manifestación histórica de la gradual aproximación del hombre blanco a la universalidad que representa en todas partes*” (p. 70). Anderson (1992) indica:

“En realidad, la democracia está más extendida que nunca. Pero también es más frágil, pues cuanto más universal se hace, menos significado activo contiene. Los Estados Unidos son un caso paradigmático: una sociedad en la que vota menos de la mitad de sus ciudadanos, se reelige el 90% de los congresistas y el precio del poder vale millones” (p. 356).

Como, igual que otros, he dicho en otros lugares y en numerosas ocasiones, la escuela tiene que cuestionar críticamente el concepto de “*blancura*”, porque, con excesiva frecuencia, se considera inmune a su categorización como carácter étnico y, en consecuencia, su misma invisibilidad le permite funcionar, prácticamente sin verificación alguna, como norma legitimadora con respecto a la cual se juzgan los valores democráticos y los constructos culturales. Según Frankenberg (1993), esto provoca una preocupante paradoja:

“En esta época de la historia de los Estados Unidos, la ‘blancura’, como identidad marcada, se articula explícitamente sobre todo en relación con el ‘orgullo blanco’ de la extrema derecha. En cierto

sentido, esto produce un atasco discursivo con respecto a los pequeños subgrupos de mujeres y hombres blancos preocupados por participar en los trabajos antirracistas: si la ‘blancura’ se vacía de cualquier contenido que no se asocie con el racismo o el capitalismo, los blancos progresistas se quedan sin genealogía. En parte, esto es otro efecto de la clasificación racista que señala o ‘marca’ la raza de las personas no blancas, pero no a los blancos” (p. 232).

Tenemos que recordar que la “*blancura*” se enmascara como una categoría trascendental, basada en su invisibilidad y en su supuesta vacuidad en cuanto significante. Tenemos que verla en relación con el modo en que se coconstituye con la raza, el género y demás características. Hemos de tener presente también que las prácticas culturales blancas son contingentes, producidas en el marco de la historia y potencialmente transformables mediante la acción individual y colectiva (Frankenberg, 1993, p. 233). Frankenberg sostiene que el proyecto de hacer visible y romper los vínculos de la cultura blanca con la dominación es más urgente en este momento concreto de la historia que el descubrimiento de los atributos relativos a los aspectos buenos de la herencia cultural blanca. Frankenberg advierte:

“La consideración de la blancura y de las personas blancas como ‘no culturales’ o ‘aculturales’... supone continuar contemplando las prácticas dominantes dentro de un marco dualista, de manera que esas prácticas sin un origen identificable en un grupo ‘cerrado’ pudieran considerarse de diversas formas como normativas, correctas, modernas o universales y no como (a mi modo de ver, de manera más acertada) locales y especificables, aunque dominantes” (pp. 233-234).

Aunque ninguna cultura es dominante en todos los sentidos ni en todo momento, siempre pueden descubrirse las jerarquías dependientes metaestables. Los significados culturales se organizan, orientan, enmarcan y señalan en beneficio de la cultura blanca. La blancura opera como un sistema abierto que explota todo lo que defina como medio ambiente propio. Los conflictos entre la cultura blanca y otras culturas no deben entenderse como relaciones de oposición en bruto, sino como relaciones vividas entre niveles en el marco de unas jerarquías de poder estructuradas

diferencialmente. Esto suscita una cuestión importante: ¿cuál es la relación entre la forma de codificación de nuestra memoria social y la organización de diversos tipos de valores, como el valor utilitario, el valor añadido y el valor de cambio en el marco de los mudables intereses políticos y pedagógicos que se generan en la economía global?

Identidades circunstanciales y política de acción

El éxtasis de la dislocación, el trastorno y el desplazamiento del sujeto que trae consigo la llamada “*condición postmoderna*” se traduce en una visión de la identidad desobjetivada, en la que se priva al agente seguro y autónomo de la modernidad -“*el sujeto autoconstitutivo del individuo unitario y racional*” (Thibault, 1991, p. 236)- de sus antiguos puntos originarios de anclaje y se lo sitúa en perpetua composición. El sujeto de la modernidad, heroico y hecho a sí mismo, se sustituye por un sujeto móvil y desplazado, configurado por las cambiantes combinaciones de discursos y por un conjunto heterogéneo de significantes -por palimpsestos incandescentes y líneas de discurso enfrentadas-. Los “*yoes*”, antes discretos y hechos a sí mismos, han dado paso a la producción de “*terminales*” o “*generadores*” de subjetividad en los que pueden enchufarse los “*otros*”, dependiendo de la motivación que cada uno tenga para participar en unos u otros sistemas de significado. Este modelo del yo se configura de acuerdo con la cate-dral del capitalismo, ese santuario del consumo en el que se produce una extraña convergencia de nuestras identidades fragmentarias en la estructura significativa de la cultura de la diversión global que conocemos como el centro comercial. El yo del centro comercial (el yo como efecto retórico del valor de la imagen) se ha convertido en el modelo quintaesencial de la pavorosa identidad de la cultura contemporánea. Relacionado de modo más concreto con la cultura de la enseñanza, la desordenada insistencia en el individualismo, en el éxito en el mercado y en la política de consumo ha terminado convirtiendo las aulas en asilos de obsesionados, en los que el valor de la imagen pasa por encima del valor utilitario y del valor de cambio,

en cuanto objeto de tal obsesión.

El aspecto importante que quiero destacar aquí es que nuestras identidades dependen de un doble modelo, es decir, las identidades suponen organizaciones prediscursivas (materiales) y discursivas (semióticas) y siempre están relacionadas con las prácticas materiales sociales de la formación social más general. En consecuencia, los críticos consideran las identidades como una forma de trabajo productivo en la que se elaboran, contextualizan y recontextualizan a partir de los dobles modelos intertextuales específicos de las relaciones de significado y sus usos. Por supuesto, esos usos dependen del contexto en situaciones sociales e históricas determinadas. Si las identidades que se construyen en las condiciones de las culturas postmodernas se consideran creadas discursivamente a partir de formas de relación (y no al revés), los críticos pueden preguntar: ¿por qué prefieren los individuos unas formas de relación a otras? ¿Qué explica la metaestabilidad del sistema semiótico social en el que se construyen las identidades individuales? Un reencuadre crítico de la identidad alude a la cuestión de lo que Gergen (1991) llama "multifrenia" o saturación social del yo, que se asocia con la "escisión del individuo en múltiples versiones de sí mismo" (pp. 73-74). Dice Gergen:

"Si, por definición, los individuos son elementos dentro de relaciones, no pueden permanecer aparte del mundo social ni éste puede empujarlos ni tirar de ellos, del mismo modo que los movimientos de una ola no pueden separarse del océano ni éste determinarlos. La sensación de amenaza del grupo opresor no se convierte en el caso de 'yo contra el grupo', sino en el conflicto entre una forma de relación y otra" (p. 242).

Si lo que dice Gergen tiene algún significado para nuestra comprensión de lo que sucede a las identidades de nuestros alumnos y a las nuestras, tenemos que preguntarnos: como educadores, ¿qué formas de relación buscamos? ¿Qué pautas de inteligibilidad, relaciones de interdependencia y redes de significado en las que nos encontramos inmersos -nuestras "políticas de situación y epistemologías del punto de vista" colectivas- configuran nuestras estrategias para renegociar los sistemas de significados que nos parezcan más productivos y éticamente

relevantes? ¿Qué formas de reencuadre, renegociación o metaanálisis nos ayudarán a establecer alianzas estratégicas con otras comunidades simbólicas de todo el mundo?

El sujeto móvil, que existe ahora en el ciberespacio, exige un replanteamiento completo del significado de la ética global. Por supuesto, la realidad virtual tiene dimensiones micro, macro y geopolíticas. Nos ponemos unas gafas y participamos en la guerra contra Irak en el ciberespacio, a través de una imagería técnica que permite a los seres humanos salirse del escenario. Mediante los números 900 y de las redes de ordenadores, podemos seguir, con ayuda de la fibra óptica, el impulso del deseo virtual, participando en el cibersexo. Según Morton (en prensa):

"Por tanto, parece que la realidad virtual facilita otro tipo de reversibilidad (post) moderna: para la estimulación sexual, lleva a los cuerpos a lugares en los que no están en realidad; en la actividad bélica, saca a los cuerpos (culpables) de los lugares en los que están realmente... La realidad virtual sitúa tanto a los pilotos de bombarderos como a los usuarios del cibersexo en un espacio ahistórico presuntamente desconectado de la realidad, de manera que los sujetos que habitan ese espacio se encuentran más allá de la responsabilidad social."

Una práctica pedagógica desequilibradora

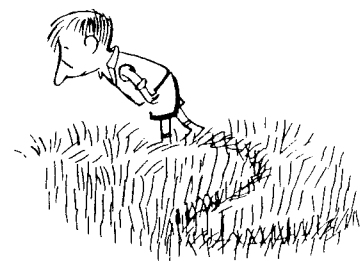
Con el fin de adoptar una postura contra la injusticia, los educadores necesitamos una metanarrativa que unifique sin dominar, la metanarrativa de los derechos y la libertad (Murphy, 1991). Nada tiene que ver esto con la construcción de narraciones maestras de identidad con nombre y apellidos de su autor, sino con la reconstrucción de elementos contingentes de nuestras identidades. Connolly (1991) establece una distinción entre los elementos contingentes de la identidad que pueden reconstruirse y las contingencias marcadas o atrincheradas, que se resisten más a la reconstrucción. Creo que conviene recordar esta distinción:

"Algunos elementos contingentes que pertenecen a su propia identidad se prestan a la reconstrucción y otros se oponen a ella con fuerza, aunque usted quiera transformarlos y disponga de apoyo cul-

"La política de un nuevo siglo es el desafío de un desarrollo justo, sostenible y hacer frente a las fronteras que separan las partes subdesarrolladas del mundo(interior o exterior de los países)"



"La democracia, mediante la construcción de identidades vacías y formales, crea la ilusión de la identidad, mientras, al mismo tiempo, borra las diferencias"



"Se hace necesario poner nuestras prácticas pedagógicas al servicio de los pobres, los desposeídos y los oprimidos"

tural para hacerlo. Denominaremos 'contingencias marcadas o atrincheradas' a éstas, enfatizando su carácter de formaciones contingentes y, al mismo tiempo, resistentes a las modificaciones, una vez consolidadas. Una contingencia marcada es una formación que se ha hecho instintiva, aunque no sea reducible al instinto, en el sentido de impulso biológico. En realidad, el término 'contingencia', tal como se utiliza aquí, se refiere siempre a algo que puede cambiarse con voluntad o decisión. Hay contingencias endurecidas y es un error creer que el carácter de construcción que tiene la identidad personal suponga automáticamente la posibilidad efectiva de su reconstrucción" (P. 176).

En consecuencia, algunas contingencias forman parte de nuestra segunda naturaleza y no es fácil descubrir cómo se han formado. Los críticos tienen que proporcionar a sus alumnos una especie de "genealogía reflexiva", que pueda acoger el saber de sentido común y naturalizado y lo abra a nuevas posibilidades de reflexión. En otras palabras, podemos dar pasos para interrogarnos críticamente sobre nuestras formaciones atrincheradas.

"Todo gira en torno al modo en que se viven estas formaciones contingentes y se relacionan con formaciones diferentes de los otros. La exigencia de moralizar o universalizar las contingencias atrincheradas basándose en que surgen de una auténtica identidad es una receta para la represión de la diferencia... La exigencia alternativa de purgar la contingencia atrincherada en uno mismo porque no permite su moralización es una receta para la autorrepresión: considera otra identidad contingente como la norma natural que todo el mundo debe alcanzar... Ambas exigencias de moralizar y purgar esta contingencia marcada comparten el imperativo acrítico de la pureza moral y un patente entusiasmo por la normalización: o moralizamos nuestros propios instintos o los purgamos por no permitir su moralización. Ambas exigencias naturalizan las formaciones viscerales operando como si tuvieran que basarse en una identidad personal universal o reformarse hasta que lo estuviesen" (p. 177).

Aunque la pedagogía crítica pretende capacitar a quienes la practican para que hablen con autoridad cuando trastornan la naturalización de las convenciones establecidas y las contingencias atrincheradas, esto no quie-

re decir que se emplee de forma autoritaria. Al criticar el legado disfuncional del positivismo, que presume una objetividad no sesgada, la pedagogía crítica trata de crear un frente intelectual históricamente significativo e innovador para la lucha anticapitalista, antirracista, antisexista, antihomofóbica y anticolonialista. En su oposición a la eliminación, expulsión a la periferia y marginación del color de las personas y en su desafío a la inevitable fragmentación y diferenciación del sujeto postmoderno, moviliza un discurso de esperanza y posibilidad que rehúsa situar el "éxito" y el "fracaso" en la persona y no en el sistema.

Como marxista, la teoría social postmoderna me plantea algunos problemas -no todas sus manifestaciones, pero sí muchas de ellas-. Confundiendo a menudo sus posturas radicales y su extravagante marginalidad con una

"Trabajar juntos, no para una cultura común, sino para hacer de la justicia económica, social y cultural la metanarrativa con respecto a la cual medir nuestros pasos"

política transgresiva, la apostasía en boga de los postmodernistas ofrece una provocativa cortina de humo para un humanismo liberal traidor. Con frecuencia, identifican erróneamente sus piruetas lingüísticas, su aureolada pirotecnia y el detallismo de sus variantes ideológicas como elementos poseedores de la densidad y la fuerza heurísticas de la materialidad pura. La indeterminación divina que rodea el significante no debe apartar la atención de la lucha directa contra las relaciones de opresión y explotación del capitalismo.

Conclusión

En la era de los "tiempos nuevos" e

internacionales, hay razones para pensar de nuevo la política tradicional de la izquierda. Hall y Jacques (1990) señalan algunas:

"Otra característica de los 'tiempos nuevos' es la proliferación de los lugares de antagonismo y oposición y la aparición de nuevos temas, nuevos movimientos sociales, nuevas identidades colectivas - una esfera ampliada para la actuación política- y nuevos públicos para el cambio. Pero no es fácil organizar todo esto en una voluntad política colectiva, única y cohesiva. La misma proliferación de nuevos lugares de antagonismo social hace más difícil, no más fácil, el proyecto de construir una fuerza antihegemónica unificada, que lleve a cabo un cambio progresista" (P. 17).

Tenemos que volver a pensar cuáles son las condiciones de posibilidad para que el estudiante subalterno hable, actúe y transforme los preceptos ideológicos que informan el carácter imponderable de la vida cotidiana y naturalizan sus relaciones sociales de poder y privilegio. Tenemos que prestar atención al subalterno para buscar contrarrepresentaciones, articulaciones antihegemónicas de nuevas epistemologías, nuevos fundamentos de interpretación de la oposición, tanto en la práctica de la teoría como en la teoría de la práctica. Tenemos que motivar los imperativos críticamente utópicos que guían nuestro proyecto de posibilidad, nuestra pedagogía crítica, para que adquieran una visibilidad evaluadora. Esto es absolutamente crucial en un momento en el que los multiculturalistas conservadores definen la ciudadanía como la pertenencia a una cultura común, una cultura unitaria, isomórfica con la lógica de la homogeneización cultural y una configuración unificada racionacional o en el que se ilegitiman todas las producciones culturales que amenacen la cohesividad unitaria de la cultura común.

Esto supone poner nuestras prácticas pedagógicas al servicio de los pobres, los desposeídos, los oprimidos. Esto significa interrogar, desequilibrar, desmitificar y descentrar críticamente los sistemas de inteligibilidad que guían la sociedad panóptica, disciplinaria, y que engendran la lógica soberana y disciplinaria de la división y la maestría, sintomáticamente desmascarada por las crisis de la corrección política.

Los educadores necesitan una visión de futuro más abiertamente dominada por la voluntad de libertad. A su vez, hace falta exigir a Norteamérica que lleve a la práctica la promesa de su propia retórica de democracia. Los contornos políticos y éticos de la pedagogía de la transfiguración que he esbozado tratan, modestamente, de acercarse a lo que Gilroy (1993) describe en su reciente libro: *The black Atlantic*, como:

"la política de un nuevo siglo en el que el eje central del conflicto no sea la línea del color, sino el desafío de un desarrollo justo, sostenible, y las fronteras que separen las partes subdesarrolladas del mundo (dentro y fuera de nuestro país) de la insostenible pobreza que ya las rodea" (p. 223).

Sería imprudente, por mi parte, predecir cómo se desenvolverán los educadores de éxito para afrontar los retos del desarrollo durante los próximos años y, quizá, pecara de optimista si previera un momento, en un futuro próximo, en el que los derechos civiles y la justicia social se hicieran de nuevo compatibles con el espíritu de la democracia. Este proyecto requiere un nuevo tipo de solidaridad entre quienes estamos aquí reunidos, una solidaridad que nos permita trabajar juntos, a pesar de nuestras muchas diferencias, no al servicio del desarrollo de una cultura común, sino para unirnos con el fin de construir una base común para luchar, una base que permita hacer de la justicia económica, social y cultural la metanarrativa (y no la narración maestra) con respecto a la cual medir nuestros pasos a medida que trabajemos unidos en el espíritu de un mandato renovado para la resurrección y transformación de la democracia.

Referencias bibliográficas

- ANDERSON, P. (1992): *A zone of engagement*. London: Verso
- ATTALI, JACQUES. (1991). *Millennium*. New York: Random House
- BENJAMIN, W. (1968): *Illuminations*. New York: Schocken Books.
- CONNOLLY, W.E. (1991): *Identity/Difference*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- CONNOR, STEVEN (1992): *Theory and cultural value*. Oxford: Blackwell.
- FOUCAULT, M. (1972): *The archeology of knowledge*. London: Tavistock
- FRANKENBERG, RUTH (1993): *White women, race matters: The special construction of whiteness*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- GERGEN, KENNETH J. (1991): *The saturated self*. New York: Basic Books.
- GILROY, PAUL (1993): *The black Atlantic*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- GIROUX, HENRY & McLAREN, PETER (1994): *Between borders*. New York: Routledge.
- GOLDFARB, JEFFREY C (1991): *The cynical society*. Chicago: University of Chicago Press.
- GOLDING, PETER (1993): *The communications paradox*. Keynote paper at the international conference, "Communication and development in a postmodern era: Re-evaluating the Freirean legacy", 6-9 December 1993.
- GORDON, AVERY (1994): Possible worlds: An interview with Donna Jaraway. In Michael Ryan & Avery Ford (Eds.): *Body politics: Disease, desire, and the family* (pp. 241-250). Boulder, CO: Westview Press.
- GROSSBERG, LAWRENCE (1992): *We gotta get out of this place*. New York: Routledge.
- HALL, STUART & JACQUES, MARTIN. (Eds.), (1989): *New times: The changing face of politics in the 1990s*. New York: Verso.
- HARVEY, DAVID (1989): *The condition of postmodernity*. Oxford: Blackwell.
- HORNE, GERALD (1993, February 25-March 3): The red and the black: How the Cold War begat the nation of Islam. *LA Village View*, p.6.
- KNOBEL, BETH (1994, June 8): Rymin' provides anew voice for Russian youth. *Los Angeles Times*, pp. F 1-5.
- LANKSHEAR, COLIN & McLAREN, PETER (1993): *Critical literacy: Politics, praxis and the postmodern*. Albany, NY: State University of New York Press.
- LARSON, CHARLES URBAN (1992): Purchasing identity: Advertising and the embrace and celebration of self. In Andrew King (Ed.), *Postmodern political communication: The fringe challenges the center* (pp. 153-168). Westport, CT: Praeger.
- LEVINAS, EMMANUEL (1979): *Totality and infinity: An essay on exteriority* (Alphonso Lingis, Trans). The Hague: Nijhoff.
- MANDEL, ERNEST. (1993, Winter). Socialism or neoliberalism? *Alternative Orange*. pp. 34-37.
- MASSUMI, BRIAN. (Ed.) (1993): *The politics of everyday fear*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- McLAREN, PETER (1994): *Life in schools*. White Plains, NY: Longman.
- McLAREN, PETER. (1994). *Schooling as a ritual performance*. London: Routledge.
- McLAREN, PETER. (in press). *Critical pedagogy and predatory culture: Oppositional politics in the postmodern age*. London: Routledge.
- McLAREN, PETER & LANKSHEAR, COLIN. (1994). *Politics of liberations: Paths from Freire*. London: Routledge.
- McLAREN, PETER & LEONARD, PETER. (1993). *Paulo Freire: A critical encounter*. London: Routledge.
- MORRISON, TONI. (1992). *Playing in the dark: Whiteness and the literary imagination*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- MORROW, RAYMOND & TORRES, CARLOS ALBERTO. (in press). *Social theory and education: A critique of social and cultural reproduction*. Albany, NY: State University of New York Press.
- MORTON, DONALD. (1994). *queer theory. A lesbian and gay cultural studies reader*. Unpublished manuscript.
- MURPHY, PETER. (1991). Postmodern perspectives and justice. *thesis Eleven*, No. 30, 117-132.
- PETERS, MICHAEL. (Ed.). (in press). *Lynard, education and the postmodern condition*. Westport, CT: Bergin & Garvey.
- PLANT, SADIE. (1992). *the most radical gesture*. London: Routledge.
- PRAGER, DENNIS. (1994). Word abuse- a lexicon. *Wall Street Journal*, p. 6
- PRATT, MARY LOUISE. (1990). *Humanities for the future. Reflections on the western culture debate at Stanford*. *South Atlantic Quarterly*, 89 (1), 7-25.
- PURDUE, WILLIAM DAN. (1993). *Systemic crisis: Problems in society, politics, and world order*. Fort worth, TX: Harcourt Brace Jovanovich.
- RANKIN, JAMIN B. (1994, February). The great PC cover-up. *California Lawyer*, pp. 68-72.
- ROSALDO, RENATO. (1989). *Culture and truth: The remaking of social analysis*. Boston: Beacon Press.
- ROWE, WILLIAM & SCHELLING, VIVIAN. (1991). *Memory and modernity: Popular culture in Latin America*. London: Verso.
- SHOLLE, DAVID & DENSKI, STAN (in press). *Media education and the (re) production of culture*. Westport, CT: Bergin & Garvey.
- SMITH, TONY. (1993). *dialectics of social theory and its critics: From Hegel to analytical Marxism and postmodernism*. Albany, NY: SUNY Press.
- SPANOS, WILLIAM V. (1993). *The end of education*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- THIBAUT, PAUL J. (1991). *social semiotics as praxis*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- TOFFLER, ALVIN & TOFFLER, HEIDI. (1994, January 1). Surfing the third wave. *Micro Times*, pp. 44-58.
- TORRES, CARLOS ALBERTO. (1990). *The politics of nonformal education in Latin America*. Westport, CT: Praeger.
- WEST, CORNELL. (1990). The new cultural politics of difference. *October*. No. 53, 93-109.